

LA LUCHA POR VENCER AL CAPITAL DEL OBRERO

Los amigos del pueblo

Todos son amigos del pueblo. Los que abiertamente maltratan de palabra y manifiestan su desprecio por la clase trabajadora son insignificantes por el número y más insignificantes todavía por su valer intelectual. Atávicos de civilizaciones pasadas, no ejercen ninguna influencia en el mundo moderno, ni son enemigos temibles por ningún concepto.

Peores son los otros, los conservadores de lo actual que se presentan como amigos del obrero, le compadecen y hasta parece que quieren procurar algún remedio á los males que sufre, pero que, sin embargo, le niegan todos sus derechos y se oponen á todas sus reivindicaciones.

Reconocer que los trabajadores viven actualmente muy mal, no necesita una perspicacia extraordinaria. Compadecerles y desear que se remedien no es una exageración de magnanimidad. Pero todo esto, reducido á la práctica, vale muy poco.

¿Qué hay que hacer, pues? Algunos de los que ocupan en la sociedad actual posiciones privilegiadas se hacen esta pregunta y la responden de diferentes maneras. Separaremos á los que no son sinceros, á los que sólo buscan el modo de encumbrarse ó sólo quieren conceder lo inevitable para mejor fortalecer los privilegios que dentro del régimen presente disfrutan. Hablemos sólo á los que de buena fé, con la más sincera intención, desean y procuran el bienestar de todos los hombres.

¿Saben éstos de qué causa provienen los males que agobian á la gran mayoría de los seres humanos? — En esta pregunta está resumido todo el problema.

Si en el mundo hubiese un número reducido de hambrientos y todo el mal estuviese en esto, sería cosa fácil dar un pedazo de pan á cada uno de los que sufrieran hambre. Con vigorizar las innumerables instituciones benéficas que hoy existen, ó crear otras nuevas mejor organizadas, no habría más que pedir.

Si la dificultad estribase en la deficiencia de algunas leyes ó en los defectos de un sistema político, el reformar la legislación ó cambiar las constituciones nacionales no sería tampoco muy difícil.

Pero el mal es más hondo que todo esto, y por lo tanto, el remedio no está tan al alcance de la mano.

No se trata sólo de que algunos padezcan hambre; se trata de que todos los trabajadores viven peor de lo que debieran. No existe sólo el problema de los viejos, de los enfermos, de los impedidos que no pueden trabajar; se trata de que muchísimos hombres robustos no pueden trabajar porque no encuentran quien les emplee, y que, aun ha-

llando trabajo, el jornal no basta para satisfacer las diarias necesidades.

No es mala una ley, ni un gobierno; es mala toda la organización social presente, con su división de pobres y ricos, de gobernantes y gobernados, porque concede á unos, á los propietarios de la tierra y del dinero, todos los derechos, todas las ventajas, mientras que á los otros, á los que sólo poseen los brazos para trabajar, nada les concede y hace pesar sobre ellos todas las cargas.

Es mala toda la organización social presente porque en ella el trabajador nunca tiene el pan asegurado. Vive al día, como puede, luchando y sufriendo, y está siempre bajo la amenaza de una crisis, de una sequía, de una competencia ó de un capricho que le suma en la miseria más desesperante. Este no es un caso teórico, sino que todos los días hemos de lamentarlo. Hoy es en Andalucía donde los campesinos recorren hambrientos los campos agotados; después en Galicia donde embarcan millares de emigrantes porque en su patria no pueden vivir; luego en Cataluña donde se cierran las fábricas; pronto veremos aquí, en nuestra isla, que los zapateros habrán llegado á la cumbre de su largo y penoso calvario.

Y no es sólo en España, donde pudiera decirse que malos gobiernos ocasionan la ruína del país. El malestar de los trabajadores se deja sentir en todo el mundo, desde las naciones más atrasadas donde todavía reina la esclavitud hasta las más adelantadas, donde las competencias industriales ocasionan crisis terribles.

Pues bien, una sociedad donde diariamente tantos males se producen ¿puede decirse que es una sociedad bien organizada? ¿Habría alguien que de buena fé la defiende?

Instituyáanse sociedades benéficas, refórmense leyes y cámbiense gobiernos; todo será inútil. La beneficencia sólo alcanzará á remediar los efectos de la miseria en algunos casos particulares, muy pocos, porque la generosidad no es cualidad general de los burgueses; pero nunca destruirá las causas, con lo cual los mismos males se irán reproduciendo indefinidamente. De los cambios políticos la experiencia nos enseña lo que podemos esperar. ¿Hay alguno que todavía tenga fé en esto?

El remedio está en el cambio radical del régimen económico. Hay que suprimir la propiedad privada; hay que restituir al pueblo sus derechos sobre las tierras, las minas, las fábricas, los medios de transporte, en una palabra, sobre la naturaleza y sus productos y sobre el trabajo de las infinitas generaciones de obreros intelectuales y manuales que han creado toda la riqueza social que hay acumulada sobre la tierra.

¿Cuántos de los que se llaman amigos del

pueblo se atreven á aceptar, defender y contribuir á la realización de esta radical reforma?

La cuestión está bien clara. La organización actual de la sociedad produce y producirá inevitablemente mientras dure, el hambre y la miseria. Para remediar estos males se hace preciso destruir esta organización y sustituirla por otra que asegure el mayor bienestar posible á todos los hombres por medio de la libertad y el trabajo de todos. No se puede llamar amigo de los trabajadores el que quiera mantener la causa de las desgracias que sobre ellos pesan y se niegue á aplicar el único remedio posible.

Hay que decidirse: ó con el pueblo contra la sociedad actual, ó con la sociedad actual contra el bienestar del pueblo.

JUAN CUALQUIERA

La acción directa

Y LA HUELGA GENERAL EN RUSIA

(Conclusión.)

He aquí lo que ha pasado en Moscú: Los panaderos estaban en huelga. Los tipógrafos hicieron lo mismo. Entonces todavía las organizaciones socialistas no hacían nada: eran los trabajadores que querían mejorar su situación.

El gobierno movilizó la tropa. Pero los obreros estaban hartos de matanzas. Trescientos panaderos, armados, algunos con revolvers, hicieron una barricada en un granero y dieron una verdadera batalla á los cosacos. Estos la tomaron evidentemente y los panaderos fueron asesinados. Pero todo el proletariado tomó la causa de las víctimas y mientras los teóricos del socialismo se esforzaban en demostrar la imposibilidad de toda huelga general, los trabajadores recorrieron los talleres haciendo parar el trabajo en todas partes.

Al cabo de algunos días, la huelga era absolutamente general, tanto en la ciudad como en las vías férreas que en ella convergen. La gran ciudad estaba hambrienta y es de imaginar lo que debieron sufrir los trabajadores, pero resistieron. Las provisiones que llegaban cada día de las provincias vecinas se pudrían á lo largo de las vías férreas. Nada de pan, nada de agua, nada de gas ni electricidad —la obscuridad completa—, nada de fábricas humeantes, nada de tranvías, nada de periódicos, fuera de las proclamas del comité de huelga. Por millares los viajeros se aglomeraban, acampaban, hambrientos, en las estaciones; quintales de cartas se amontonaban en correos, teniéndose que alquilar cobertizos especiales para contenerlas.

Después, poco á poco, la huelga desbordaba de Moscú sobre las provincias. Petersburgo, la Polonia, la Finlandia y bien pronto toda la Rusia industrial seguía el ejemplo de Moscú. El entusiasmo de los trabajadores se propagaba á las otras clases sociales. Los encargados de almacenes y los empleados del comercio y de la banca, los maestros, después los comediantes, los abogados, los farmacéuticos, los ingenieros,

hasta los jueces hicieron causa común con los huelguistas. Se vió á los mozos de restaurant apagar las luces después de las siete. En Finlandia las criadas recibieron de los huelguistas la orden de no trabajar sino desde las siete de la mañana á las siete de la tarde.

Era un pueblo entero haciendo huelga. Todo entero salvo la tropa. Y todavía, ¿no se vió á oficiales y funcionarios de uniforme en los mítins de los huelguistas y á soldados entre las columnas de los manifestantes?

Lo que exasperaba á las autoridades era que las manifestaciones evitaban todo conflicto con la tropa. Así, en Moscov, una columna de huelguistas se acerca al desembarcadero de la línea de Petersburgo, ve á la tropa y enseguida se detiene, retrocede, se desbanda, —y un cuarto de hora después podía verse á las locomotoras de la línea, lanzadas á toda velocidad, chocar y destruirse y á los vagones arder á algunos centenares de pasos detrás de la tropa!

Entonces: Nicolás II, después de haber consultado, ya á los reaccionarios, ya á Withe, viendo que los primeros no se atrevían á aventurar sus cabezas para salvar la autocracia, se pronunció en favor del segundo y firmó el manifiesto de 30 de octubre, que es, en suma, una abdicación de la autocracia.

Una fuerza nueva se constituyó así por la huelga: la fuerza de los trabajadores afirmándose por primera vez y moviendo esa palanca de toda revolución: la *acción directa*.

**

Debemos decir todavía algunas palabras del otro poderoso elemento de la Revolución rusa —las revueltas campesinas.

Se sabe que la Revolución francesa no habría llegado á nada si las revueltas de campesinos no se hubiesen prolongado durante cuatro ó cinco años, hasta la abolición sin redención de los derechos feudales (junio y julio de 1793).

Igual es en Rusia. Las insurrecciones campesinas duran desde ya más de un año. Pero, como siempre, crecen al principio del invierno para decrecer en el tiempo de las cosechas, cuando todo el mundo se extenua en los campos. Por otra parte, mientras que el invierno pasado estallaban sobre todo en el oeste, al presente tienen sobre todo en el este por teatro. Es la comunidad de la aldea quien decide el día en que se ha de empezar. Llegado ese día, todos enganchan sus carros y van á la tierra del señor. Toman de los graneros el trigo que les hace falta y de los bosques la leña que necesitan y luego vuelven á sus casas con el mayor orden. Si no ha habido resistencia por parte del señor, no se toca nada, sino que el trigo y la leña. Si el señor ha llamado la tropa, se saquea e incendia toda la propiedad. Pero nunca todavía los campesinos han matado á nadie. Los que matan son los defensores de la propiedad. Estos acaban de matar á un centenar de campesinos en la provincia de Tambor.

En seguida, en todas partes, con una unidad notable, los campesinos declaran que la tierra les pertenece y toman posesión de ella. En este punto, toda la Rusia campesina está de acuerdo. Muchos consentirían todavía en que el Estado introdujese un sistema de indemnización —pero, dicen, «la tierra debe ser para nosotros.» Es la voluntad *unánime*, manifestada en los congresos, de los cuales dos, generales, han tenido lugar oficialmente en cierto modo y los otros se han celebrado por los revolucionarios en un centenar de aldeas.

Se puede tener por evidente —en contra de algunos revolucionarios de las ciudades que temen lo contrario— que nunca el gobierno llegará á tener la simpatía de los campesinos. Su reivindicación de la tierra trasaosa con mucho lo que ningún gobierno feudal ó burgués puede conceder. La re-

belión de los paisanos continuará, pues, hasta el día en que se decidirán por fin á tomar la tierra ellos mismos.

Es no menos evidente, por otra parte, que la revolución no será la obra de algunos meses, sino de muchos años. Por lo menos, lo que se ha realizado hasta el presente prueba bastante que esta revolución revestirá un carácter social. Hasta donde irá por este camino, nadie puede predecirlo. Pero es imposible que medio siglo de desarrollo socialista sea perdido y la revolución se resentirá de la propaganda que se ha hecho contra el capital desde 1848.

Sea lo que sea, los elementos burgueses se han eclipsado ya detrás de las dos grandes fuerzas de paisanos y de obreros y los dos grandes medios de acción han sido la huelga general y la acción directa.

Todo conduce á creer que los obreros de las ciudades comprenderán la fuerza que confiere la acción directa añadida á la huelga general, é imitando en esto á los rebeldes campesinos, se verán probablemente impelidos á poner mano sobre todo lo que es necesario para vivir y para producir. Entonces podrán establecer en las ciudades los primeros fundamentos del comunismo.

PEDRO KROPOTKINE

1.º de Mayo de 1906.

Ocho horas de trabajo.

El papa librepensador

Ante este título no respiréis fuertemente, con aquella satisfacción que produce el habernos salvado de un grave peligro.

El papa se ha declarado librepensador, sí, pero oportunista solamente.

¿Qué quiere decir esto? Vamos á verlo.

El omnipotente é histórico poder de la *santa sede*, si bien continúa encarnado en el sumo pontífice, no es con aquella integridad de los tiempos luctuosos en que la humanidad toda temblaba, lloraba y moría, cuando el ceño del sucesor (?) de san Pedro se ponía hosco, adusto, fúnebre.

Lejos estamos, por fortuna para nosotros, de los tiempos en que la fé se imponía violentamente á sangre y fuego, y no esto porque los furibundos católicos, apostólicos y romanos, no sientan todavía en sus entrañas la bestial ferocidad que alimenta su fanatismo embrutecedor, sino porque ya no es posible la organización de ejércitos de fieles, en unos por afeminamiento, en otros por cobardía, en todos por carencia de virilidad, para combatir en favor de la *Santa Iglesia* exterminando á los protestantes, á los sarracenos, á los disidentes.

Y como el Vaticano no puede dar su brazo á torcer por cuanto constituiría la impasibilidad absoluta ante los acontecimientos políticos que incuba la diplomacia europea, un verdadero suicidio, á pesar de las continuas vergüenzas á que le sujetan las casas reales reinantes cruzando sus vástagos pertenecientes á credos religiosos diversos sin tener en cuenta para nada el veto que podría imponer el *prisionero* de Roma; estando el papado en el deber de defender su propia existencia aun á costa de comedias ridículas y concesiones vergonzosas, para hacer un acto de presencia ha querido también intervenir en esta merienda de negros que las naciones *civilizadas* van á efectuar con el imperio turbulento de Marruecos por medio de la famosa Conferencia de Algeciras.

Después del pasado esplendor, el Vaticano vegeta humildemente al amparo de los millones del tesoro de san Pedro, y á pesar de tener dinero suficiente para organizar el más poderoso de los ejércitos invasores, sin contar los miles de hombres que podría suggestionar con la *santa fé*, no organiza nuevas conquistas del Santo Sepulcro, ni se libran nuevas batallas de Lepanto; sólo se constriñe á ser un ladino oportunista, para gozar tranquilamente de lo que llaman pri-

sión papal y que no es otra cosa que un mundo en pequeño con todas las comodidades apetecibles en la tierra.

Pero mal procurador ha escogido el papa para alcanzar su petición modesta. España y Austria son las comisionadas del sumo pontífice para pedir en la reunión diplomática de Algeciras el establecimiento de la libertad religiosa en Marruecos.

¡No se podía llegar á menos! ¡Vaya una táctica de colegial la del Vaticano! En las naciones católicas predicar constantemente, aunque sin resultado favorable, la sacrosanta intransigencia; en las naciones mahometanas mendigar, muy cómodamente por cierto, la libertad renegada, en favor de su culto.

Después de todo esto, bien podemos pronosticar la próxima muerte de una institución que debe su vida, aunque opulenta, fuera de lugar, á la inexplicable tolerancia de los demás mucho más que á las propias energías de que carece casi por completo...

LORENZO PAHISSA

Por la paz

No podemos esperar que conduzcan á la paz universal los esfuerzos de los gobernantes; al contrario, la actitud del Czar de Rusia que convocó el célebre Congreso de la paz en La Haya y luego precipitó á su pueblo á la guerra contra el Japón prueba evidentemente que de los gobernantes sólo podemos esperar hipocresías y, en último término, guerras y matanzas.

Si ha de reinar en el mundo la paz, habrá de ser el pueblo, la eterna víctima de todas las guerras, quien tome la iniciativa.

Pero esa iniciativa tiene mayor importancia si el que la toma es uno de los pueblos que se acostumbra considerar como rivales irreconciliables: el pueblo francés y el pueblo alemán.

Pues bien, tanto en Alemania como en Francia, las asociaciones y los periódicos obreros vienen haciendo una activísima campaña en favor de la paz. Léase el siguiente Manifiesto que dirige á los obreros franceses en particular, y en general á todos los del mundo, la *Confederación General del Trabajo*, de Francia:

«¡Guerra á la guerra!

»Trabajadores: Quizá mañana nos hallaremos frente á un hecho realizado: LA GUERRA DECLARADA.

»Hace cinco años que un partido colonial francés, del que Delcassé fué el feudo-ligio, prepara la conquista de Marruecos. Capitalistas y oficiales empujan hacia la invasión de aquel país: unos para negociar y enriquecerse, otros para recoger en la sangre derramada laureles y galones.

»La Alemania capitalista y militarista, deseosa de participar en el botín, se ha interpuesto.

»Los gobernantes alemanes y franceses, fieles servidores de los intereses capitalistas, únicos en este asunto, han elevado estas querellas de agiotistas al estado de conflicto agudo.

»Para saciar los apetitos ilimitados de esta coalición de intereses, los mandarines de ambos países están dispuestos á lanzar unas contra otras las masas obreras de Alemania y Francia.

»¿Quién no tiembla de horror ante la matanza? ¡Millones de hombres frente á frente... fusiles de tiro rápido, cañones y ametralladoras cumpliendo su obra de muerte!...

»¿Quién podía calcular el derroche de millones extraídos del trabajo del campesino y del obrero?...

»Y el cuadro no es exagerado. Actualmen-

te se arman los puertos de guerra; el ejército está pronto á partir.

En junio de 1905 sólo se evitó la guerra por la caída de Delcassé. Desde entonces la guerra depende del menor incidente. *Y esto es de tal modo cierto, que habiendo tenido conocimiento el gobierno francés de la orden de volver á su país dada al embajador de Alemania, el 19 de diciembre de 1905, se suspendieron las comunicaciones telegráficas durante cuatro horas para transmitir en caso necesario las órdenes de movilización con toda celeridad.*

»La prensa sabe esas cosas... y se calla.
»¿Por qué? Porque se quiere poner al pueblo en la obligación de marchar, pretextando el HONOR NACIONAL, á una guerra inevitable por ser defensiva.

»Y de la conferencia de Algeciras, que se nos presenta como la que ha de solucionar pacíficamente el conflicto, puede salir la guerra.

MAS EL PUEBLO NO QUIERE LA GUERRA. Si se le pidiera su opinión, afirmaría unánimemente su voluntad de conservar la Paz.

»La clase obrera no tiene interés alguno en la guerra. Ella sola paga las costas con su trabajo y con su sangre; á ella sola incumbe, pues, decir bien alto QUE QUIERE LA PAZ Á TODA COSTA.

»Trabajadores: No os dejéis alucinar por la frase «Honor nacional». No hay cobardía en rechazar la horda de banqueros que nos quieren conducir á la matanza.

»Por lo demás, en Alemania como en Francia, la comunión de ideas es formal sobre este punto: EL PROLETARIADO DE AMBOS PAÍSES SE NIEGA Á HACER LA GUERRA.

»Lo mismo que nosotros y tanto como nosotros, nuestros hermanos los trabajadores de Alemania, quieren la paz. Como nosotros, saben que una guerra que satisfaga los intereses capitalistas es perjudicial á la emancipación obrera.

»Así pues, por nuestra acción común y simultánea, forcemos á nuestros gobernantes respectivos á tener en cuenta nuestra voluntad.

»¡Queremos la paz! ¡Neguémonos á hacer la guerra!

EL COMITÉ CONFEDERAL.

Trabajando sólo ocho horas, el obrero podrá dedicar más tiempo á su instrucción y comprenderá así mejor sus derechos.

Contra las ocho horas

Para contrariar las reclamaciones que vienen presentando los obreros en favor de la jornada de ocho horas, los burgueses usan con frecuencia de un argumento que, al mismo tiempo, les sirve de excusa para no concederlas y les hace aparecer como muy cuidadosos de la moralidad de los trabajadores.

El argumento burgués dice así: al conceder las ocho horas, como los obreros reclaman, resultaría que á estos les sobraría mucho tiempo y lo emplearían embruteciéndose en la taberna.

Es lo mismo que predicaba en un pueblo de la isla un sacerdote: el trabajador, decía, debe ganar un salario pequeño, porque si ganase mucho lo gastaría en vicios y perdería su alma.

Desde luego puede asegurarse que el cura no sabía, ó no quería saber, como viven los trabajadores. Si él hubiese tenido que vivir y mantener al ama y á los sobrinos con el salario que suele darse á los trabajadores, de seguro que no hubiera predicado semejantes atrocidades.

Lo mismo podemos decir á los burgueses

que quieren por moralidad que el obrero trabaje largas jornadas. Es cierto que hay obreros viciosos. Principalmente, en algunos países, hay muchos trabajadores que tienen el vicio de la bebida. Pero ¿por qué beben muchos trabajadores? Es necesario no conocer, ni de oídas, la vida que éstos llevan para no comprenderlo. Todos cuantos se han dedicado á estudiar y combatir la plaga del alcoholismo lo saben y lo repiten diariamente en sus discursos y en sus escritos.

Muchos trabajadores caen en el alcoholismo precisamente porque trabajan demasiado y porque comen poco. Es decir, porque la jornada de trabajo es demasiado larga y porque el salario es demasiado corto. Beben porque el exceso de trabajo les fatiga, les extenua, y como no pueden reparar sus fuerzas por medio de una alimentación sana y suficiente, buscan en el alcohol una excitación momentánea que les da la sensación de fuerza y de energía, sensación engañosa, puesto que, como el alcohol no es un alimento, sino sólo un excitante, cuando pasan sus primeros efectos la depresión es mayor; pero el trabajador no lo sabe, porque los moralistas burgueses no se lo han enseñado.

El mal no está en esto, en la ignorancia en que se ha tenido á los obreros y en que se quiere que continúen. Este es el secreto de no conceder la jornada de ocho horas. ¿Qué les importa á los burgueses que los obreros sean viciosos? ¿Han hecho algo alguna vez para que no lo fuesen? Lo que quieren es que el obrero no se instruya, porque saben que siendo instruido sería más difícil de manejar, y por esto quieren que pase todas las horas del día en los talleres y que no tenga tiempo de asistir á las escuelas. Con esto y con muchas dificultades para la vida, por causa del poco salario, creen que los obreros no podrán pensar en rebelarse contra las injusticias que se hacen pesar sobre ellos. Este es el verdadero sentido del sermón del cura y del argumento de los burgueses.

Pero veamos todavía otro aspecto de la cuestión. Dicen que si á los trabajadores les sobrase mucho tiempo lo pasarían en la taberna. Pero es el caso que los curas ganan su jornal diario diciendo una misa que apenas dura media hora. ¿Acaso se pasan en la taberna todo el resto del día? Los militares, los jueces, los funcionarios y empleados de todas clases, salvo raras excepciones, tienen relativamente muy pocas horas de trabajo. ¿Es que también pasan las horas restantes en las tabernas?

Es verdad que hay viciosos entre los trabajadores, como los hay en todas las clases sociales. No pueden ciertamente los privilegiados de la sociedad actual alabarse de que dan buenos ejemplos á las que llaman clases inferiores.

Si verdaderamente se quisiera moralizar á los trabajadores, lo que primeramente debiera hacerse es concederles el reposo necesario y suavizar las dificultades de la vida, á fin de que ésta les resultase agradable y no se viesan arrastrados á la desesperación. Lo que debiera hacerse también inmediatamente es fundar escuelas donde se desarrollasen sus facultades y se les inspirase el

amor á las ciencias y á las artes. Debieran disponerse además lugares para recreos sanos y entretenidos, que les sirvieran como descanso de sus ocupaciones habituales y les hiciesen amar la vida y la sociedad que tales ventajas les proporcionase. — ¿Hay alguno tan cándido que crea que harán esto nunca los burgueses?

Al contrario, lo que hacen es procurar que el obrero esté bien sometido, que trabaje mucho y que gane poco, y todavía incurren á veces en la hipocresía de fingir que esto no lo hacen por ambición y avaricia, sino por espíritu de moralidad.

Con la jornada de ocho horas se acelerará el día de la revolución emancipadora.

El invisible enemigo

Para estafar al obrero su salario; para apagar por medio de los niños y de las mujeres su lujuria y su despotismo; para gozarse con los placeres de la riqueza y del amor sin someterse á la ley del trabajo ó al peso de una familia; para vivir felices, mantenidos y temidos, los sacerdotes han pensado en un tiempo en despojar al hombre de su conciencia, sugiriéndole tanta bestialidad, tanta poltronería y tanta ceguera para tenerlo dócil á su mano y presto á toda renuncia, á todas las vergüenzas, capaces de sacrificar sus hijos á Moloch, las hijas á Diana y los herejes á los judíos de la Santísima Trinidad.

Desde la fabulosa edad de la sociedad primitiva, bajo el peso aplastante de lo sobrenatural, de los fantasmas creados en su imaginación, los hombres sangran, tiemblan y sollozan embruteciéndose delante de los altares donde adoran sus delitos, sus pasiones y sus apetitos divinizados.

En las profundidades de su alma, el triste rey del universo conserva las mismas creencias absurdas y los mismos odiosos y ridículos cultos. Las religiones llamadas reveladas están al mismo nivel de abyección que los más degradantes fetichismos. El amuleto, el gri-gri, la reliquia y el talismán muestran siempre la misma ausencia de ideas en aquellos que las adoptan. El tasmanio pide á su ídolo encorbatado de dientes humanos la lluvia ó el buen tiempo, y no está por debajo del Sr. Brunetiere, que cree en la Virgen María, que como Isis ó Devaki ha parido un dios sin el concurso de un macho; del académico Coppée, que se taponaba de agua de Lourdes su fistula para hacerse rey de Francia. Ambos no se elevan por encima del salvaje que grita para calmar á la Luna ó para conseguir su pesca.

Es preciso odiar á dios para los otros y para sí mismo.

«Dios es el mal» decía Proudhon sobrepasando á Fouerbach. «Lo que excusa á Dios es que no existe», había dicho antes que él Stendhal.

Sí, los dioses son fantasmas, fantasmas dañosos que sólo pueden ser arrojados con activa energía.

Luchemos contra ellos, contra los dioses. Ellos son los más crueles antagonistas del bienestar humano. Destruyen la piedad, la voluntad. Substituyen al esfuerzo con el milagro. Ellos proscriben el trabajo que libera y engrandece al trabajador. Hacen dócil al hombre á todas sus encarnaciones: patria, familia, propiedad; á lo que deshonra y rompe por siempre el instinto de las rebeliones generosas.

Dios es el peor de los dioses. Su maldad está en relación directa con su tiranía, y su tiranía es proporcionada con la esclavitud que impone. Combatámosle como al más terrible de los tiranos, ya que es la más terrible de las tiranías la tiranía del espíritu.

Sublevémonos contra las malvadas fuerzas del obscurantismo y de la esclavitud; seamos como los eleuterómanos, causantes implacables y frenéticos de la libertad, recordando que la primera libertad es la de nuestra conciencia.

Esta libertad podemos conquistarla con el estudio, con el pensamiento libre de los símbolos místicos y de las obediencias legales. Preservemos esta libertad en el niño, en el discípulo de nuestras escuelas, en los adolescentes que caminan hacia la aurora y que la enseñanza cristiana tiende á retrogradar hasta la noche; el grado de cultura de un pueblo se mide por la dosis de cristianismo que puede eliminar.

LAURENT TAILHADE

Graves sucesos en Alcoy

En la prensa burguesa hemos visto los siguientes telegramas:

«Madrid 28.—El conde de Romanones no recibió anoche, sábado, á los periodistas por estar recibiendo telegramas de Alicante y Alcoy acerca de los sucesos ocurridos en esta última ciudad.

Hasta las dos y media de la madrugada no pudo saberse lo sucedido, que fué lo siguiente:

Un periódico de Alcoy, titulado *Humanidad*, publicó un artículo que los oficiales de la guarnición reputaron ofensivo al ejército.

Dichos oficiales acordaron dirigirse á la imprenta, como así lo hicieron, incautándose de los ejemplares del periódico allí existentes, quemándolos y detuvieron al director del periódico, poniéndolo á disposición del Juzgado de primera instancia, quien decretó su detención y empezó la instrucción de las oportunas diligencias.

La noticia cundió rápidamente por la población y los socialistas formaron grupos por las calles pidiendo la libertad del detenido.

La guardia civil tuvo que salir para disolver los grupos, dando varias cargas, y consiguió restablecer la tranquilidad.

Se dice también que cuando la guardia civil dió las cargas sonaron varios disparos, sin que se tenga noticia de desgracia alguna.»

«Madrid 29.—Alcoy.—El periódico *La Humanidad*, donde se publicó el artículo que ha motivado los sucesos, llevaba sólo publicados cuatro números.

En la refriega... (La censura corta la comunicación.)

..... á detener el director y recoger algunos ejemplares del número del semanario que contenía el artículo..... fueron después quemados los números recogidos en la calle..... la hora en que muchos obreros salían de los talleres.....

El *Heraldo* dice que ni hecho de intento y remunerado con largueza con el fin de ahogar las apariencias de pueblo civilizado y libre que tiene España, se haría cosa que más perjudicase á nuestro buen nombre frente á los extranjeros reunidos en Algeciras y en vísperas de la boda real.

El *Diario Universal* se expresa en iguales términos de protesta.»

No tenemos noticias directas, ni habíamos recibido ningún número del periódico *La Humanidad*; por lo tanto, no podemos conocer exactamente los sucesos ni sus antecedentes.

Tampoco tenemos necesidad de hacer comentarios—¿Para qué?

Sólo diremos que ese procedimiento de acción directa empleado por oficiales del ejército, primero en Barcelona y luego en Alcoy, no nos parece tan malo como los consejos de guerra, ni siquiera como los procesos civiles que se suelen emplear contra los que defienden elevados ideales de redención humana.

En el procedimiento nuevo hay más franqueza, más espontaneidad, y no se intenta encubrir el atropello bajo apariencias de justicia ó legalidad.

¿Qué dicen á todo esto los trabajadores partidarios de la acción legal?

Desde Ecija

El hambre en este pueblo se va acentuando cada vez más. Los hambrientos sin pan y sin trabajo no parecen estar dispuestos á morir de hambre y asaltan las cargas de pan que salen para el campo. El Ayuntamiento ha dispuesto repartir los obreros sin trabajo á los burgueses al enorme precio de cinco reales, pero como son tan caritativos, muchos de ellos les pagan á cuatro y medio y otros no los quieren admitir importándoles un bledo que perezcan ellos con sus compañeras é hijos. ¡Que mezquinos y ruines se presentan todos estos verdugos de la clase trabajadora! Pero anden con cuidado, que el obrero va conociendo sus derechos, y sabe tiene derecho á la vida por el solo hecho de nacer, y ésta la defenderá saltando todos los obstáculos que se le presenten y si es preciso buscará comida donde la haya.

FRANCISCO RAMÍREZ GARCÍA

Desde esta fecha podemos ofrecer á nuestros lectores el Segundo Certamen Socialista, sin encuadernar, á 1'75 pesetas ejemplar; tomando desde cinco ejemplares á 1'50 pesetas, y el folleto de Pedro Gori Primero de Mayo á 2 pesetas el paquete de 30 ejemplares.—Pago anticipado.

ECOS Y COMENTARIOS

Por tener en la mano una hoja conteniendo los papelitos impresos en favor de las OCHO HORAS que se han repartido y fijado en toda España, ha sido llamada á declarar ante el Juez de Instrucción la compañera Catalina Tudurí.

Si el señor Juez tuviese ocupaciones más graves, seguramente no estaría de humor para entretenerse con estas pequeñeces.

Porque, ¿qué dicen aquellas hojas?—Aconsejan á los trabajadores que procuren conquistar la jornada de OCHO HORAS EN 1.º de Mayo próximo.

¿Es que esto también es condenable?

Es verdaderamente notable el número extraordinario que ha publicado *Tierra y Libertad* en 22 de Enero para conmemorar los días sangrientos con que hace un año comenzó la gran revolución rusa.

Con el mismo objeto se han celebrado mitins en muchas poblaciones de España.

Hemos recibido una circular de la Unión Local de Sociedades Obreras de Barcelona, en la que se expone la triste situación en que se halla el compañero Alfredo Picoret, quien á consecuencia de haber estado bajo el poder del juez Moreno y del policía Memento, ha perdido el uso de razón y está encerrado y atado en el Asilo del Parque. Algunos médicos que le han visitado suponen que podría curarse ingresando en una Casa de Salud; pero los recursos de que pueden disponer sus padres son insuficientes. Por lo cual se pide la solidaridad de los compañeros.

Desde este número queda abierta la suscripción en nuestras columnas.

El Productor, de Barcelona, anuncia que publicará en el primer número de cada mes una sección de literatura, artes y ciencias que se intitulará *El Productor Literario*.

En el primer número aparecerán los siguientes trabajos:

El intelecto griego, por Pompeyo Gener.—*Inmortalidad de la materia*, por Equilo W. Shakespeare.—*Flor de Miseria*, por Máximo Gorki.—*Virtus post numum...* por F. Pí y Arsuaga.—*Crónica Científica*, por Doctor Ox.—*Miopes y Jorobados*.—*Crítica de libros y folletos*.

Suscripción para que Alfredo Picoret, víctima del policía Memento y del juez Moreno, pueda ingresar en una Casa de Salud.

	Ptas.
J. Manent	1'00
J. Mir	1'00
Julio Cabello	0'50
TOTAL	2'50

PAPEL IMPRESO

ORIGEN DEL CRISTIANISMO.—La Escuela Moderna, de Barcelona, publica una edición económica de esta interesante obra, utilísimo como libro de lectura en las Escuelas laicas.

Su precio es de una peseta, y puede adquirirse dirigiéndose á la misma Escuela Moderna (Bailén, 56, Barcelona) ó á nuestra Administración.

EDUCACIÓN Y CRIANZA DE LOS NIÑOS. *Consejos á los padres, preceptores y educacionistas*, por Luís Kuhne.—Publicado por «La Nueva Infancia», (Uruguay 255, esquina Rio Negro) Montevideo.—Precio, 15 centavos.

Hemos recibido los números 7 y 8 de la preciosa publicación literaria *La Novela Universal*, que vé la luz en Valencia.

Cuatro novelas, 32 páginas de compacta lectura, clara impresión y excelente papel, 5 céntimos en toda España.

Los corresponsales pueden dirigir los pedidos al Administrador, don Cristóbal Monzó, Vuelta del Ruiseñor, 32. Valencia.

CORRESPONDENCIA

Pollensa.—M. C. Enviamos folletos y hojas. *Gallarta*.—L. A. Enviamos cuatro ejemplares desde este número.

Sabadell.—J. M. Recibida tu carta. Enviaremos folletos de los nuestros como cambio.

Torelló.—J. M. Por recibida la 1'50 pesetas que dices has enviado á *Tierra y Libertad*. Así tienes pagado hasta el núm. 239.

Barcelona.—P. F. Aumentamos paquete desde este número. Enviamos folletos con M.

Ecija.—F. R. G. Recibido 1'05 ptas. Tienes pagado hasta el núm. 237. Por extras conviene reclames á esa Administración de Correos, pues de aquí salen puntualmente.

Sevilla.—F. R. Recibido 5 pesetas. Tienes pagado hasta el número 236, con 40 céntimos á nuestro favor.

Aznalcóllar.—G. «La Prensa». Recibido 3 pesetas por conducto de *Tierra y Libertad*.

Granollers.—J. P. Id. 1'50 id. por id. id.

Palamós.—J. M. Id. 2 id. por id. id.

Ubeda.—F. F. Id. 2'25 id. por id. id. Tienes liquidado hasta el número 239.

Fernán Núñez.—J. I. Id. 1 id. por id. id.

Madrid.—*Tierra y Libertad*. Contad á cargo nuestro 1'40 pesetas de vuestro número extraordinario.